

*La relatividad de las estrategias lingüísticas: repensando el poder y la solidaridad en el género y en la dominación**

Deborah Tannen

Introducción

Al analizar el discurso, muchos investigadores funcionan bajo la presuposición no formulada de que todos los hablantes proceden siguiendo líneas similares de interpretación, de modo que un ejemplo particular de discurso puede ser tomado para representar cómo funciona el discurso para todos los hablantes. Para algunos aspectos del discurso, sin duda esto es cierto. Sin embargo, un amplio cuerpo de literatura socio-lingüística muestra claramente que, para muchos aspectos del discurso, esto es cierto sólo en la medida en que se compartan los antecedentes culturales. En la medida en que estos antecedentes culturales difieren, las líneas de interpretación y el uso habitual de muchas estrategias lingüísticas muy probablemente divergen. Mi propia investigación muestra que la diferencia cultural no está limitada a los niveles más gruesos y evidentes como el país de origen y el idioma nativo, sino que también existe en los niveles sub-culturales de herencia étnica, clase, región geográfica, edad, y género. Mi trabajo inicial (Tannen, 1984 – 1986) se centra en el estilo étnico y regional, mi trabajo más reciente (Tannen, 1990) se centra en la variación estilística relacionada con el género. Me baso aquí en este trabajo, para demostrar que las estrategias lingüísticas específicas tienen significados potenciales ampliamente divergentes.¹

Esta idea es particularmente significativa para la investigación sobre lenguaje y género, gran parte de la cual ha tratado de describir los medios lingüísticos mediante los cuales los hombres dominan a las mujeres en la interacción. La dominación de las mujeres por parte de los hombres no está en cuestión; lo que estoy problematizando es la fuente y el funcionamiento de la dominación y otras intenciones y efectos interpersonales. Mostraré que, a diferencia de lo que se ha dicho, uno no puede ubicar la fuente de la dominación, o de cualquier intención o efecto interpersonal, en estrategias lingüísticas tales como la interrupción, la locuacidad, el silencio, y el cambio de tema. De modo similar, uno no puede ubicar, a diferencia de lo que se ha dicho la fuente de la falta de poder de las mujeres en tales estrategias lingüísticas como la indirección, la tendencia a la reserva, el silencio, y las preguntas finales (*tag questions*).² La razón por la cual esto no puede hacerse es que los mismos medios lingüísticos pueden utilizarse para propósitos diferentes, incluso opuestos, y pueden tener efectos diferentes, incluso opuestos, en diferentes contextos. Así, una estrategia que parece tener la intención de dominar, o que en efecto la tiene, puede en otro contexto o en boca de otro hablante tener la intención de ser usada para establecer una conexión. De modo similar, una estrategia que parece enca-

*Artículo publicado en: Deborah Tannen, *Gender and Discourse* (New York: Oxford University Press, 1994). Traducción por Gabriela Castellanos.

¹ Uso el término «estrategias» en su significado socio lingüístico estándar, que se refiere sencillamente a una forma de hablar. No es mi intención sugerir una planificación deliberada, como en el uso cotidiano coloquial de tales expresiones como «estrategia militar». Sin embargo, las estrategias lingüísticas no son «inconscientes», como lo ha dicho Gumperz (1982). Más bien, lo mejor es considerarlas «automáticas». Es decir, las personas hablan de una manera particular sin un pensamiento conciente de por qué hablan así, pero si se les pregunta muestran que saben cómo hablaron y qué trataban de lograr al hacerlo de esa manera. Esto contrasta con los motivos inconscientes de los cuales se habla en la teoría freudiana, los cuales podría pasar inadvertidos para los individuos.

² Nota de la traductora: Con la frase *tag questions* se designan en inglés las preguntas que se ubican al final de una afirmación o negación, para solicitar la aquiescencia del oyente con lo dicho. En inglés, estas preguntas, que en español siempre se harían con la fórmula general «¿no es cierto?», se hacen empleando distintos auxiliares que dependen del tiempo verbal utilizado. Por ejemplo: «You came yesterday, didn't you?» (Viniste ayer, ¿no es cierto?), o «You will come tomorrow, won't you?» (Vendrás mañana, ¿no es cierto),

minada a crear conexión, o que de hecho se usa con esa intención, puede en otro contexto o en boca de otro hablante ir encaminada o ser usada para establecer una dominación.

Para decirlo de otra manera, la «verdadera» intención o motivación de cualquier enunciado no puede determinarse a partir del examen de la forma lingüística misma. Por una parte, las intenciones y los efectos no son idénticos. Por otra parte, como lo ha mostrado de manera dramática y repetida la literatura socio lingüística, la interacción humana es una «producción conjunta»: todo lo que ocurre resulta a partir de la interacción de todos los participantes. La fuente de la ambigüedad y de la polisemia de las estrategias lingüísticas que exploraré aquí es la relación paradójica entre las dinámicas de poder y de solidaridad.

ANTECEDENTES TEÓRICOS

Poder y solidaridad

A partir de la introducción de los conceptos por parte de Brown y Gilman (1960), y las elaboraciones posteriores de ellos, especialmente las de Friedrich (1972) y de Brown y Levinson (1978–1987), la dinámica del poder y la solidaridad ha sido fundamental para la teoría socio lingüística. Brown y Gilman basaron su marco de trabajo en el análisis del uso de pronombres en los idiomas europeos que tienen dos formas del pronombre de segunda persona, tales como las formas francesas *tu* y *vous*. En inglés, el paralelo más cercano se encuentra en las formas de tratamiento: nombre de pila vs. título y apellido. En el sistema de Brown y Gilman, el poder se asocia con el uso no recíproco de los pronombres; en inglés el paralelo sería una situación en la cual un hablante se dirige al otro por su nombre de pila pero se le nombra por parte del otro mediante el uso de un título y un apellido (por ejemplo, interacciones entre médico y paciente, profesor y estudiante, jefe y secretaria, residente de un edificio y ascensorista). La solidaridad se asocia con un uso recíproco de pronombres o formas de tratamiento simétricas: ambos hablantes se dirigen al otro usando *tú*, o ambos usan *vous* (en inglés, ambos usan apellido o ambos usan nombre de pila). El poder gobierna las relaciones asimétricas

donde uno de los hablantes es subordinado al otro; la solidaridad gobierna las relaciones simétricas caracterizadas por la igualdad social y la similaridad.

En mi trabajo previo explorando la relación entre poder y solidaridad como ella emerge en el discurso conversacional (Tannen, 1984–1986), observo que el poder y la solidaridad están en una relación paradójica el uno con el otro. Es decir, aunque el poder y la solidaridad, la cercanía y la distancia, parecen inicialmente ser opuestos, cada uno de ellos también implica al otro. Cualquier muestra de solidaridad necesariamente implica poder, en el sentido de que el requerimiento de similaridad y cercanía limita la libertad y la independencia. Al mismo tiempo, cualquier muestra de poder implica la solidaridad al involucrar a los participantes en una relación mutua. Esto crea una cercanía que puede contrastarse con la distancia entre individuos que no tienen ninguna relación.

En el paradigma de Brown y de Gilman, la clave del poder es la asimetría, pero a menudo se piensa que el poder se basa en la formalidad. Esto es evidente en la siguiente anécdota. Una vez titulé una conferencia «la paradoja del poder y la solidaridad». El comentarista de mi charla apareció usando un traje formal con chaleco con un morral a la espalda. El público dio muestras de hilaridad al asociar el traje con el poder y el morral con la solidaridad. Había algo inmediatamente reconocible en esta semiótica. De hecho, un profesor que carga un morral podría estar dando señales de solidaridad con los estudiantes, por ejemplo en una manifestación de protesta. Y el llevar un traje formal con chaleco a la manifestación podría marcar el poder al diferenciar a quien lo lleva de los manifestantes, quizá incluso recordándoles la posición dominante de esta persona en la jerarquía institucional. Pero llevar un traje formal con chaleco a la junta directiva de una corporación podría ser una marca de solidaridad con los otros miembros de la junta, mientras que el cargar un morral en ese contexto no connotaría solidaridad sino falta de respeto, una acción en la dinámica del poder.

La ambigüedad de las estrategias lingüísticas

Como lo muestra el ejemplo anterior, el mismo símbolo (un traje formal) puede indicar ya sea poder

o solidaridad, dependiendo de, por lo menos, el lugar (por ejemplo, una reunión de junta directiva o una manifestación estudiantil), el estilo habitual de vestir del individuo, y la comparación de la ropa que él use con la que llevan otros durante la interacción. (Digo «él» de modo intencional; la gama de significados sería muy diferentes si el traje sastre con chaleco fuera usado por una mujer.) Esto nos da una analogía con la ambigüedad de las estrategias lingüísticas, que son señales en el sistema semiótico del lenguaje. Como lo he demostrado en muchas ocasiones en libros anteriores (véase especialmente Tannen 1984, 1986, 1990), todas las estrategias lingüísticas son potencialmente ambiguas. La dinámica de poder y solidaridad es una fuente fundamental de ambigüedad. Lo que parece ser un intento de dominar una conversación (un ejercicio de poder) puede de hecho hacerse con la intención de establecer una conexión (un ejercicio de solidaridad). Esto ocurre debido a que (como lo he formulado en otras obras) el poder y la solidaridad se compran con la misma moneda: los mismos medios lingüísticos pueden emplearse para crearlos a ambos o uno solo de ellos.

Esta ambigüedad puede apreciarse en la siguiente conversación pasajera. Dos mujeres caminaban juntas de un edificio a otro a fin de asistir a una reunión. Se les unió un hombre que ambas conocían, quien acababa de salir de un tercer edificio para ir a la misma reunión. Una de las mujeres saludó al hombre y le dijo, «¿Dónde está tu abrigo?» el hombre respondió, «Gracias, mamá». Su respuesta enmarcaba la observación de la mujer como una jugada dentro de un intercambio de poder: una mamá le ordena a su hijo que se ponga el abrigo. Sin embargo, la mujer podría haber tenido la intención de que su observación fuera una muestra de preocupación amistosa más bien que de un cuidado maternal. ¿Se trató de un caso de ejercicio de poder (condescendencia, siguiendo el modelo de la relación padres a hijos) o de solidaridad (amistad, siguiendo el modelo de pares con una relación íntima entre sí)? Aunque la interpretación del hombre es clara, no lo es la intención de la mujer al hacer la observación.

Otro ejemplo proviene de una carta que me escribió un lector de mi libro *Tú no me entiendes: mujeres y hombres en conversación*. Una mujer

estaba en su casa cuando llegó su compañero y anunció que su archi – rival lo había invitado a contribuir un capítulo a su libro. La mujer contestó animadamente, observando cuán agradable era que el rival estuviera iniciando un acercamiento al incluir al compañero en su libro. Él le dijo que ella no había entendido: debido a que el rival sería el editor y él solamente uno de los autores que contribuían al libro, el rival en realidad estaba tratando de darle solidez a su dominación. Ella había interpretado la invitación en términos de solidaridad. Él la interpretaba como una expresión de poder. ¿Cuál de los dos tenía la razón? No lo se. La invitación era ambigua; podría haber significado lo uno o lo otro. Sospecho que tenía elementos de ambos. En otras palabras, era polisémica.

La polisemia del poder y la solidaridad

Si la ambigüedad denota significar o bien una cosa u otra, la polisemia denota significar una cosa y otra: es decir, tener múltiples significados simultáneamente. La pregunta «¿Dónde está tu abrigo?» muestra una preocupación amistosa y puede sugerir una constelación padre – hijo. La invitación de contribuir un capítulo a un libro acerca a editor y contribuyente, y sugiere una relación jerárquica.

Un ejemplo adicional ilustrará la polisemia de estrategias que señalan poder y solidaridad. Si usted tiene una amiga que repetidas veces paga la cuenta cuando ustedes comen juntas, ¿está siendo generosa y compartiendo su riqueza, o está tratando de ostentar su dinero y recordarle a usted que ella tiene más que usted? Aunque la intención puede ser hacerle a usted sentirse bien con su generosidad, la repetición del gesto generoso puede sin embargo hacerla a usted sentirse mal al recordarle que ella tiene más dinero. De este modo, tanto usted como ella están atrapadas en la red de la ambigüedad entre poder y solidaridad. Es imposible determinar cuál fue su motivación real, y si justifica o no la reacción que usted tenga. Por otra parte, aún si usted cree que la motivación de ella era puramente generosa, de todos modos usted puede sentirse rebajada por su generosidad debido al hecho de que el impulso generoso de ella sirve de evidencia de que ella tiene más dinero que usted, y el hecho de que ella siga su impulso se lo recuerda. En

otras palabras, ambas interpretaciones coexisten: solidaridad (ella paga porque es una persona amable) y poder (al ser amable le recuerda a usted que ella es más rica que usted). En este sentido, la estrategia no es simplemente ambigua en relación con el poder y la solidaridad, sino también polisémica. Esta polisemia explica otra observación que inicialmente me sorprendió: Paules (1991) informa que las meseras en el restaurante donde ella hizo trabajo de campo etnográfico, no sólo se ofendían cuando las propinas eran demasiado pequeñas, sino también cuando eran demasiado grandes. La magnificencia de la acción del cliente implica que la cantidad de dinero que dejó es insignificante para quien deja la propina, pero significativa para la mesera.

Brown y Gilman son explícitos en su presuposición de que el poder está asociado con relaciones asimétricas, en las cuales el poder es ejercido por la persona en la posición superior. Esto está formulado en su definición:

Se puede decir que una persona tiene poder sobre otra en la medida en que es capaz de controlar la conducta de la otra. El poder es una relación entre por lo menos dos personas, y no es recíproco en el sentido de que ambos no pueden ostentar el poder en la misma instancia de conducta. (Pág. 255)

He llamado la atención, sin embargo, a la posibilidad de que la solidaridad en sí misma pueda ser una forma de control. Por ejemplo, una joven se quejaba sobre amigas que «no dejan que una sea diferente». Si la amiga dice que ella tiene un problema en particular, y la primera joven dice, «yo no tengo ese problema», su amiga se siente ofendida y la acusa de rebajarla, de actuar con aires de superioridad. La presuposición de similitud requiere que la amiga tenga un problema correspondiente.

Aún más, aunque Brown y Gilman reconocen que «los superiores jerárquicos pueden ser solidarios (padres, hermanos mayores)» «los inferiores jerárquicos, de modo similar, pueden ser tan solidarios como el viejo sirviente de la familia» (Pág. 258), la mayoría de los estadounidenses se inclina a presuponer que la solidaridad implica cercanía mientras que el poder implica distancia. Así, los estadouni-

denses consideran que la relación entre hermanos constituye el último grado de la solidaridad: las palabras «hermana» o «hermanos» a menudo se utilizan en sentido metafórico para indicar cercanía e igualdad. Por contraste, a menudo se presupone que la jerarquía impide la cercanía: empleadores y empleados no pueden ser «realmente» amigos. Pero el vínculo jerárquico necesariamente acerca a los individuos. Esta presuposición subyace la observación de Watanabe (1993) al comparar discusiones grupales entre estadounidenses y japoneses: que mientras que los estadounidenses en su estudio se consideraban a sí mismos como individuos participando en una actividad conjunta, los japoneses se veían a sí mismos como miembros de un grupo «unido por la jerarquía». Al leer a Watanabe me impactó el término «unido». Mi inclinación hubiera sido presuponer que la jerarquía distancia en vez de unir.

La literatura antropológica incluye numerosas discusiones de contextos culturales en los cuales las relaciones jerárquicas se ven como algo que empodera de una manera estrecha y mutua, no unilateral. Por ejemplo Beeman (1986) describe un patrón de interacción iraní que él denomina «poniéndose en posición de inferioridad». El tomar una posición de estatus inferior capacita a un iraní para invocar el esquema del protector mediante el cual la persona de un estatus superior se ve obligada a hacer cosas para la persona inferior. De modo similar, Yamada (1992) describe la relación japonesa de *Amae*, tipificada por la constelación padre – hijo o empleador – empleado. Esta relación une a los dos individuos en una interdependencia jerárquica por medio de la cual ambos tienen poder en la forma de obligaciones a la vez que derechos vis - a - vis, el otro. Finalmente Wolfwitz (1991) explica que el respeto / deferencia entre los javaneses de Surinam se experimenta no como sumisión sino como una afirmación de derechos.

Similitud / diferencia

Hay un aspecto adicional de la dinámica de poder y solidaridad que amerita discusión antes de demostrar la relatividad de las estrategias lingüísticas. Se trata de la gama continua de similitud / diferencia y su relación con las otras dinámicas discutidas.

Para Brown y Gilman, la solidaridad implica

parecido, en contraste con el poder, acerca del cual ellos observan: «en términos generales, la forma V está ligada a diferencias entre las personas» (Pág. 256). Esto se hace explícito en su definición de la «semántica de solidaridad»:

Ahora bien, estamos interesados en un nuevo conjunto de relaciones que son simétricas; por ejemplo, quienes *asistieron al mismo colegio, o tienen los mismos padres, o practican la misma profesión*. Si A tiene los mismos padres que B, B tiene los mismos padres que A, a esa relación general le damos el nombre de solidaria, y la solidaridad es simétrica. (Pág. 257; itálicas en el original)

La gama continua similitud / diferencia trae a nuestra mente lo que en otros textos he discutido como una disyuntiva doblemente negativa en la comunicación (Tannen 1984, 1986). En algunos sentidos, todos somos iguales. Pero en otros sentidos todos somos diferentes. La comunicación es una disyuntiva doblemente negativa en el sentido de que cualquier cosa que digamos para hacerle honor a nuestra similitud viola nuestra diferencia, y cualquier cosa que digamos para hacerle a honor a nuestra diferencia viola nuestra igualdad. Así, se puede presentar una queja: «no creas que soy diferente». («si me apuñalas, ¿acaso yo no sangro?» podría uno exclamar como Shylock). Pero también podría presentarse otra queja: «no creas que soy igual». (De este modo, las mujeres que tienen responsabilidad primaria por el cuidado de los niños pequeños pueden ser excluidas de manera efectiva si se organizan actividades y eventos y no se suministra servicios de guardería). Becker (1982, página 125) expresa esta disyuntiva doblemente negativa como «un asunto de auto corrección continua entre la exuberancia (es decir, actitud amistosa: tú eres como yo) y la deficiencia (es decir, respeto: tú no eres como yo)». Todas estas formulaciones son elaboraciones sobre la base de la tensión entre similitud y diferencia, o lo que Becker y Oka (1974) denominan «el gradiente de persona», una dimensión semántica que ellos sugieren que puede ser la más básica en el lenguaje; es decir, uno se relaciona con el mundo y con los objetos y con las personas en el mundo en términos

de cuan cercanas son a uno mismo (y, yo añadiría cuan similares también).

Como resultado de estas dinámicas, la similitud es una amenaza para la jerarquía. Esto se dramatiza en la obra teatral de Harold Pinter *Idioma de montaña*. Compuesta por cuatro breves escenas, la obra ocurre en una prisión política en la capital de un país no nombrado que está bajo una dictadura. En la segunda escena, una anciana habitante de las montañas finalmente recibe permiso para visitar a su hijo que está sentado al otro lado de una mesa, con un guardia de pie cerca de ellos. Pero cada vez que ella trata de hablar con su hijo, el guardia la calla, diciéndole al prisionero que le diga a su madre que está prohibido hablar el idioma de la montaña en la capital. Luego dice: «

GUARDIA...

Y te cuento otra cosa. Yo tengo una esposa y tres hijos. Y ustedes todos son una pila de mierda.

Silencio

PRISIONERO

Yo tengo esposa y tres hijos.

GUARDIA

¿Tienes que?

Silencio

¿Qué tienes qué?

Silencio

¿Qué me dijiste? ¿Qué tienes qué?

Silencio

¿Qué tienes que?

Levanta el teléfono y marca un dígito.

¿Sargento? Estoy en el cuarto azul... sí... creo que debo reportarle, sargento... creo que tenemos un chistoso aquí.

El sargento pronto entra y pregunta, «¿quién es el chistoso?» el escenario se oscurece y la escena termina. La escena final se abre en el mismo sitio, con el prisionero ensangrentado y tembloroso, y su madre en estado de shock y muda.

El prisionero fue golpeado por decir, «tengo esposa y tres hijos». Esta afirmación cotidiana, que pasaría desapercibida en una conversación informal, era un signo de insubordinación en el contexto jerárquico de opresión brutal, debido a que el guardia acababa de hacer la misma afirmación. Cuando el guardia dijo, «tengo esposa y tres hijos. Y tu eres una pila de mierda, estaba planteando, «soy diferente a ti». Adicionalmente, uno podría interpretar sus palabras en el sentido siguiente: «soy humano y tú no. Por lo tanto tengo derecho a dominarte y a abusar de ti». Al repetir las palabras del guardia verbatim, el prisionero entonces estaba diciendo, «soy igual a ti». Al proclamar su humanidad y así negar de manera implícita la afirmación del guardián de que el es «una pila de mierda», el prisionero estaba desafiando el derecho del guardián a dominarlo. La similitud es la antítesis de la jerarquía.

La ambigüedad de la cercanía, una metáfora espacial que se usa para representar similitud o compromiso, emerge en un aspecto no verbal de esta escena. En la función que yo vi, el guardián se movía cada vez más cerca al prisionero cada vez que repetía la pregunta «¿qué tienes qué?» hasta quedar inclinado sobre él, nariz con nariz. El acercamiento del guardián era un análogo quinésico / proxémico a la afirmación del prisionero, pero con el efecto opuesto: el guardián lo estaba «cercando». El guardián, al acercarse y poner su cara en contacto con la del prisionero, no lo hacía en señal de afecto (lo cual podría ser el significado de tales acciones en otro contexto) sino como una amenaza. La cercanía, entonces, puede significar agresión en vez de afiliación en el contexto de una relación jerárquica en vez de simétrica.

La relatividad de las estrategias lingüísticas

La ambigüedad potencial de las estrategias lingüísticas para marcar tanto el poder como la solidaridad en las interacciones cara a cara, ha hecho travesuras en la investigación sobre género y lenguaje, en la cual es tentador presuponer que cualquier cosa que

las mujeres hagan es resultado de su falta de poder, o la produce, y que cualquier cosa que hagan los hombres es un resultado de su dominación o la produce. Pero todas las estrategias lingüísticas que han sido tomadas por los analistas como evidencia de subordinación pueden en algunas circunstancias ser instrumentos de afiliación. Durante el resto de este capítulo, demuestro la relatividad de las estrategias lingüísticas al considerar una por una las siguientes: indirección, interrupción, silencio vs. locuacidad, planteamiento de temas, y la adopción de la actitud del adversario o conflicto verbal. Todas estas estrategias, en los «hallazgos» de los investigadores aparecen como expresión o producción ya sea de subordinación o dominación. Demostraré que son ambiguas o polisémicas en relación con dominación / subordinación (es decir, con el poder) o con la distancia / cercanía (es decir, con la solidaridad). Una vez más, no estoy arguyendo que estas estrategias no puedan usarse para crear dominación o para desempoderar, mucho menos que no existan la dominación y el desempoderamiento. Más bien, me propongo demostrar que el «significado» de cualquier estrategia lingüística puede variar, dependiendo por lo menos del contexto, de los estilos conversacionales de los participantes, y de la interacción entre los estilos y las estrategias de los participantes. Por lo tanto, el funcionamiento de las estrategias lingüísticas específicas debe estudiarse de manera más minuciosa para comprender cómo se expresan y se producen la dominación y el desempoderamiento mediante la interacción.

Indirección

Lakoff (1975) identifica dos beneficios de la indirección: la actitud defensiva y el establecimiento de una conexión. La actitud defensiva se refiere a la preferencia de un hablante de no dejar constancia de una idea, a fin de poder cuestionarla, retractarse, o modificarla si lo dicho no produce una reacción positiva. El beneficio que tiene la indirección para el establecimiento de conexiones es el resultado de la agradable experiencia de lograr lo que uno quiere no por haberlo exigido (poder) sino porque la otra persona quería lo mismo (solidaridad). Muchos investigadores se han centrado en el beneficio

defensivo de la indirección (poder), y han ignorado el beneficio de establecer conexiones (solidaridad).

La afirmación hecha por Conley, O'Barr y Lind (1979) de que el lenguaje de las mujeres en realidad es un lenguaje de personas desempoderadas, ha sido particularmente influyente. De acuerdo con esta posición, la tendencia de las mujeres a la indirección se ha tomado como evidencia de que las mujeres no se sienten con derechos a hacer exigencias. Seguramente hay casos en los cuales esto es cierto. Sin embargo, también se puede demostrar que aquellos que se sienten con derechos a hacer exigencias pueden preferir no hacerlas, buscando el beneficio de establecer conexiones. Además, la habilidad para lograr que se cumpla lo que uno ha exigido sin expresarlo de manera directa, puede ser una señal de poder en vez de una señal de falta de poder. Un ejemplo que he utilizado en otros textos (Tannen 1986) es el del padre griego que contesta, «si quieres, puedes ir», a la pregunta de su hija sobre si la autoriza a ir a una fiesta. Debido a la falta de entusiasmo de la respuesta del padre, la hija griega entiende que su padre preferiría que ella no fuera y por lo tanto «decide» no ir. (Una aprobación clara hubiera sido: «sí, por supuesto, debes ir»). Arguyo que este padre no se sentía desempoderado para darle órdenes a su hija. Más bien, se había establecido entre ellos la convención de un sistema comunicativo mediante el cual tanto él como ella podían preservar la apariencia, y posiblemente incluso la creencia, de que ella había optado por no ir, en vez de haber sencillamente obedecido su orden.

Lejos de sentirse impotente, este padre se sentía tan poderoso que no necesitaba darle órdenes a su hija; simplemente necesitaba dejarle saber cuál era su preferencia, y ella se adaptaría a ella. De acuerdo con este razonamiento, la indirección es una prerrogativa de los poderosos. Por un razonamiento similar, un amo que dice, «hace frío aquí», puede esperar que su sirviente se apresure a cerrar la ventana, pero no es probable que un sirviente que diga la misma cosa logre que su empleador se levante para corregir la situación y darle mayor comodidad. De hecho, un francés que fue criado en Bretaña me cuenta que su familia nunca les daba órdenes directas a sus sirvientes, sino que siempre comunicaban sus órdenes

de un modo indirecto y en forma altamente cortés. Este patrón hace que sea menos sorprendente la conclusión de Bellinger y Gleason (1982, informada por Gleason en 1987) en el sentido de que el habla de los padres a sus hijos pequeños mostraba una mayor incidencia que el habla de las madres de tanto los imperativos directos (tales como «dale la vuelta a ese perno con la llave») como imperativos indirectos implícitos (por ejemplo, «la rueda se va a caer»).

El uso de la indirección no puede entenderse plenamente sin la perspectiva transcultural. Para muchos estadounidenses es auto-evidente que el modo directo es lógico y está alineado con el poder, mientras que la indirección equivale a la deshonestidad y al mismo tiempo a la sumisión. Pero para los hablantes criados en la mayoría de las culturas del mundo, la norma en la comunicación es el uso de variedades de indirección. En la interacción entre japoneses, por ejemplo, es bien sabido que decir «no» se considera como algo que amenaza al interlocutor con la pérdida de imagen, de modo que las respuestas negativas son formuladas como si fueran positivas: nadie nunca dice «no», pero los oyentes entienden dependiendo de la forma del «sí», si se trata de un verdadero sí o de un no cortés.

La tendencia estadounidense de asociar la indirección con el estilo femenino no es culturalmente universal. La descripción anterior del estilo típico japonés funciona tanto para hombres como para mujeres. Mis propias investigaciones (Tannen, 1981, 1984, 1986) sugieren que los estadounidenses de algunos orígenes culturales y geográficos, mujeres tanto como hombres, tienen mayores probabilidades que otros estadounidenses de usar estilos relativamente directos en vez de indirectos. En un estudio de hace ya mucho tiempo, comparé a los griegos y los estadounidenses en relación con su tendencia a interpretar una pregunta como un medio indirecto para hacer una solicitud. Encontré que aunque las mujeres estadounidenses tenían más probabilidades de interpretar como indirectos algunos enunciados de una conversación mostrada, los hombres griegos tenían la misma probabilidad que las mujeres griegas de hacer una interpretación indirecta, y mayores probabilidades de las que se veía en el caso de los hombres y mujeres estadounidenses. Por supuesto, los

hombres griegos no son menos poderosos frente a sus mujeres que los hombres estadounidenses.

Quizá lo más impactante son los resultados de Keenan (1974) en el sentido de que en una aldea de habla malagasy en la Isla de Madagascar, las mujeres son consideradas como más directas y los hombres más indirectos. Pero esto en forma alguna sugiere que las mujeres son más poderosas que los hombres en esa sociedad. Por el contrario, los hombres malagasy son socialmente dominantes, y su estilo indirecto es más altamente valorizado que el directo de las mujeres. Keenan encontró que la creencia generalizada era que las mujeres vulgarizaban el lenguaje por su modo directo y sin arte, mientras que se admiraba en forma generalizada la indirección altamente elaborada del habla de los hombres.

La indirección, entonces, en sí misma no es una estrategia de subordinación más bien, puede ser utilizada ya sea por los poderosos o por los que carecen de poder. La interpretación de un enunciado particular, y la respuesta más probable a ese enunciado, depende del entorno, del estatus de los individuos y su relación el uno con el otro, y también de las convenciones lingüísticas que se ritualizan en un determinado contexto cultural.

Interrupción

La idea de que la interrupción es señal de dominación ha sido una presuposición tan generalizada en la investigación como en la sabiduría convencional. Es raro encontrar un artículo sobre género y lenguaje que no haga esta afirmación. La más citada es la conclusión de West y Zimmerman (1983) de que los hombres dominan a las mujeres interrumpiéndolas en la conversación. Sin embargo, es significativo que Debora James y Sandra Clarke (1993), al revisar todas las investigaciones sobre género sobre interrupciones, no encuentran un patrón claro de interrupciones hechas por varones a las mujeres. Especialmente significativa es su observación de que los estudios que comparan la cantidad de interrupciones en conversaciones en grupos totalmente femeninos versus conversaciones en grupos totalmente masculinos encuentran más interrupciones en los grupos totalmente femeninos y no menos. Aunque fue inicialmente sorprendente, este hallazgo subraya la

necesidad de distinguir las estrategias lingüísticas a partir de su propósito interactivo. La superposición de enunciados, ¿muestra apoyo para el hablante, o lo contradice, o cambia el tema? He explorado este fenómeno en detalle (Tannen, 1994: Capítulo 2), pero aquí incluiré un resumen breve de las conclusiones.

El fenómeno que comúnmente se llama «interrupción», pero que de manera más precisa debe denominarse como «superposición», es un caso paradigmático de la ambigüedad del poder y la solidaridad. Esto se demuestra con claridad en relación con una conversación del Día de Acción de Gracias que duró dos horas y media y que yo analicé minuciosamente (Tannen, 1984). Mi análisis aclara que para algunos hablantes el hablar simultáneamente con otro puede ser una muestra de participación entusiasta en la conversación, de solidaridad, de creación de conexiones; para otros, sin embargo, la presuposición es que sólo una voz debe ser escuchada al mismo tiempo, de modo que para ellos cualquier superposición es una interrupción, un intento de arrebatar la palabra, un ejercicio de poder. El resultado, en la conversación que yo analicé, fue que los oyentes entusiastas que superponían sus enunciados con fines de cooperación, hablando al tiempo con otro para establecer un contacto, eran percibidos con interruptores por los hablantes que se resistían a la superposición. Indudablemente esto contribuyó a la impresión por parte de los hablantes que se resistían a las superposiciones de que los que superponían sus enunciados con fines de cooperación habían «dominado» la conversación. De hecho, la cinta y la transcripción también dan la impresión de que los que hacían la superposición habían dominado, porque los que rechazaban la superposición tendían a dejar de hablar tan pronto como comenzaba otra voz.

Vale la pena recalcar el papel de la simetría, o equilibrio, para determinar si una superposición se convierte en una interrupción en el sentido negativo, o sea cargado de poder. Si un o una hablante repetidamente usa superposiciones y su interlocutor o interlocutora repetidamente cede la palabra, la comunicación resultante es desequilibrada, o asimétrica, y el efecto es de dominación (aunque no fuera ésa la intención). Pero si ambos hablantes evitan las superposiciones, o si ambos hablantes superponen

sus enunciados mutuamente y continúan hablando por igual, hay simetría y no dominación, independientemente de las intenciones de los hablantes. En un sentido importante, sin embargo, el mismo hecho de enzarzarse en una lucha simétrica por la palabra puede experimentarse como algo que logra un acercamiento, en el mismo espíritu de la oposición ritualizada que es análoga a los deportes (esto lo discutiremos en la última sección sobre adversatividad). Más aún, puede resultar un desequilibrio cuando hay diferencias en el propósito para el cual se usa la superposición. Si un hablante tiende a hablar simultáneamente con el otro a fin de mostrar apoyo, y el otro interviene con el fin de tomarse la palabra, el que se hace las superposiciones con fines de arrebatar la palabra tenderá a dominar.

Así, para entender si una superposición es realmente una interrupción, hay que considerar el contexto (por ejemplo, la superposición cooperativa ocurre con más frecuencia en la conversación casual entre amigos que en una entrevista de trabajo), los estilos habituales de los hablantes (por ejemplo, las superposiciones tienden a no ser interrupciones cuando ocurren en hablantes cuyos estilos yo he denominado «altamente involucrado»), y también la interacción entre sus estilos (por ejemplo, es más probable que ocurra una interrupción entre hablantes cuyos estilos difieren en relación con las pausas y las superposiciones). Esto no quiere decir que no se pueda utilizar la interrupción para dominar una conversación o a una persona, sino simplemente que por existir una superposición no es necesariamente evidente que haya ocurrido una interrupción ni que se tenía la intención de dominar.

El silencio vs. la locuacidad

La cita de la obra de Pinter *El idioma de la montaña* dramatiza la presuposición de que los poderosos son los que hablan y los que carecen de poder son silenciados. Esta es la figura literaria que subyace tanto al título de la obra como a su tema central: al prohibir su idioma, los opresores silencian a los habitantes de la montaña, robándoles su habilidad de hablar y por lo tanto su humanidad. En el mismo espíritu, muchos eruditos (por ejemplo Spender 1980) han afirmado que los hombres dominan a las

mujeres al silenciarlas. Obviamente existen circunstancias en las cuales esto es cierto. Coates (1986) observa numerosos proverbios que instruyen a las mujeres a guardar silencio, como se les hace a los niños.

No obstante, el silencio en sí mismo no es una señal auto-evidente de falta de poder, ni la locuacidad es una señal auto-evidente de dominación. Un tema que se encontró a lo largo de todo el estudio clásico de *el matrimonio obrero* de Komarovsky (1962) es que muchas de las esposas entrevistadas decían que ellas hablaban más que sus maridos: «él es como si fuera mudo», dijo una mujer; «el gran hábito de mi marido es no hablar», dijo otra; «él no habla mucho pero cuando habla lo hace en serio y los niños le hacen caso», dijo una tercera. Sin embargo, no hay duda de que estos maridos eran dominantes en su matrimonio, como lo indica la última de estas citas. De hecho, la tendencia a la reserva en sí misma puede ser un instrumento de poder. Esta afirmación es la que hace Sattel (1983) quien arguye que los hombres usan el silencio para ejercer poder sobre las mujeres. Sattel ilustra esta idea con una escena de Erica Jong *Miedo a volar* de la cual presento aquí sólo un pequeño trozo. El primer renglón del diálogo es dicho por Isadora, el segundo renglón por su esposo, Bennett. (Los puntos espaciados indican texto omitido; los puntos sin espacio entre ellos representan puntuación incluida en el texto original)

«¿Por qué te pones en contra mía? ¿Qué hice?»
Silencio.

«¿Qué hice?»

Él la mira como si el hecho de que ella no supiera lo que hizo fuera otro daño que él ha recibido.

«Mira, vámonos a dormir. Simplemente olvidémoslo»

«¿Olvidemos qué?»

. . .

«¿Fue algo en la película, no es cierto?»

«¿Qué en la película?»

«. . . Fue la escena del funeral... el niño que miraba a su mamá muerta. Algo allí te impactó. Ahí fue que te deprimiste»

Silencio.

«Bueno, ¿no es cierto?»

Silencio.

«Ay por favor, Bennett, me estás desesperando».

«Por favor dime. Dímelo».

Esta escena dolorosa continúa en la misma vena hasta que Bennett trata de salir de la habitación e Isadora trata de detenerlo. Este trozo ciertamente parece apoyar la afirmación de Sattel de que el silencio de Bennett subyuga a su esposa, y la escena termina con ella literalmente tirada en el piso, aferrada a la pierna de la pijama de él. Pero la razón por la cual el silencio de él es un arma efectiva, es que ella insiste en que él le diga qué es lo que ocurre. Si ella a su vez se retirara en silencio, ya fuera dejando la habitación o simplemente negándose a hablarle, el silencio de él quedaría desarmado. El resultado devastador no se debe al silencio de él solamente, sino a la interacción entre el silencio de él y la insistencia de ella en seguir hablando, en otras palabras, a la interacción entre sus estilos diversos.

Los investigadores han contado las cantidades de palabras habladas, o han cronometrado la duración de las conversaciones a fin de demostrar que los hombres hablan más que las mujeres y que por lo tanto dominan en las interacciones. (Ver James y, para un resumen de investigaciones sobre la cantidad de habla.) Indudablemente esta observación es cierta en algunos ambientes. Pero la asociación entre locuacidad y dominación no se mantiene en todos los entornos y en todas las culturas. Imaginemos, por ejemplo un interrogatorio, en el cual el interrogador habla poco pero mantiene todo el poder.

La relatividad del «significado» de la tendencia a la reserva y de la locuacidad aparece realzada en la discusión de Margaret Mead (1977) sobre «vinculación final», un concepto desarrollado conjuntamente por Mead, Gregory Bateson, y Geoffrey Gorer. La afirmación es que las relaciones universales y biológicamente construidas, tal como la relación de padres a hijos, están vinculadas a distintos tipos de conducta en diferentes culturas. Uno de sus ejemplos paradigmáticos es la distribución entre exhibicionismo y la actitud de espectador. En la cultura estadounidense de clase media, se espera que los niños, quienes obviamente son las personas más débiles en el grupo,

se exhiban mientras que sus padres más poderosos les sirven de espectadores. (Considérese, por ejemplo, el niño estadounidense al cual se le anima para que demuestre ante la visita lo bien que ya sabe recitar el alfabeto). En contraposición, en la cultura británica de clase media y clase alta, la exhibición se asocia con el papel de los progenitores y la actitud de espectadores con los niños, de quienes se espera que estén presentes pero nunca hablen.

Adicionalmente, la locuacidad y la tendencia a la reserva pueden también ser el resultado de diferencias de estilo, más bien que de las intenciones de los hablantes. Como ya lo he discutido (Tannen, 1984, 1985), así como otros investigadores también lo han dicho (Scollon y Scollon 1981, Scollon, 1985), hay diferencias culturales y subculturales en la longitud de las pausas esperadas entre los turnos de las intervenciones de los hablantes. En mi estudio de la conversación durante la cena, aquellos que esperaban que hubiera pausas más cortas entre una intervención y otra, comenzaron a sentir que el silencio los ponía incómodos, mientras que sus amigos acostumbrados a pausas más largas, estaban simplemente esperando a que terminara lo que para ellos era una pausa normal al fin de una intervención. El resultado fue que los acostumbrados a pausas más cortas terminaban hablando más, otra señal interpretada por sus interlocutores como un deseo de dominar la conversación. Pero su intención había sido llenar lo que para ellos eran silencios potencialmente incómodos, es decir, lubricar las ruedas de la conversación y garantizar el éxito de la misma. Según su punto de vista, los participantes más reservados no estaban cooperando lo suficiente y no ponían su grano de arena para mantener la conversación.

En suma, el silencio y la locuacidad no siempre pueden ser interpretados como significando poder o falta de él, dominación o sojuzgamiento. Más bien, ambos pueden sugerir ya sea poder o solidaridad, dependiendo de la dinámica que ya discutimos.

Planteamiento de temas

Shuy (1982) de manera típica presupone que el hablante que plantea la mayor cantidad de temas está dominando la conversación. Sin embargo, en un estudio que yo realicé (Tannen, 1994) de conversaciones

grabadas en video entre amigos de diversas edades filmadas por Dorval (1990), resultó que el hablante que planteaba la mayor cantidad de temas no siempre era dominante, según se determinaba a partir de otros criterios (por ejemplo, quién asumía el liderazgo de dirigir la palabra al investigador cuando él entraba al salón). En una conversación de veinte minutos entre dos niñas de sexto grado quienes se identificaban a sí mismas como las mejores amigas, Shannon planteó el tema de la relación de Julia con Mary diciendo, «lastima que tú y Mary ya no son buenas amigas». La conversación continuó enfocándose casi exclusivamente en los problemas de la relación entre Julia y Mary.

De modo similar, la mayor parte de las conversaciones entre dos niñas de décimo grado fue sobre Nancy, pero Sally planteaba el tema de los problemas de Nancy. En respuesta a la pregunta de Nancy, «Bueno, ¿de qué quieres hablar?» Sally dijo: «De tu mamá, ¿hablaste con tu mamá?» La conversación siguiente se enfocó sobre hechos relacionados con la madre de Nancy y su novio. En general Sally planteó nueve temas, y Nancy siete. Sin embargo, todos los temas planteados por Sally, con la excepción de uno, eran asuntos relacionados con Nancy. Si plantear más temas es una señal de dominación, Sally controló la conversación al plantear los temas, aunque inclusive este aspecto estaba sujeto a la colaboración de Nancy quien decidía si proseguir los temas o no. Puede ser que Nancy controlara la conversación, o puede ser lo contrario, pero la naturaleza de su dominación con seguridad es diferente de los que normalmente se quiere decir con ese término ya que los temas que ella planteaba eran siempre acerca de Nancy.

Por último, el efecto de plantear temas puede también ser un efecto de diferencias de ritmo y de pausas, como se discutió anteriormente en relación con mi estudio de la conversación en torno a la mesa de la cena. Un hablante que piensa que el otro no tiene más que decir sobre un tema dado puede tratar de contribuir a la conversación planteando otro tema. Pero un hablante que tenía la intención de continuar hablando y simplemente estaba esperando que terminara la pausa apropiada para el final de una intervención, sentirá que le arrebataron la palabra y

que el cambio de tema fue agresivo. De nuevo, la impresión de dominación puede ser un resultado de las diferencias de estilo.

Adversatividad: Conflicto y agresión verbal

La investigación sobre género y lenguaje de manera consistente ha encontrado que los hablantes varones son más competitivos, y que es más probable que se enzarcen en un conflicto (por ejemplo, discutiendo, dándose órdenes el uno al otro, y adoptando posiciones opuestas) mientras que las mujeres tienden a cooperar y tienen mayor probabilidad de evitar los conflictos (por ejemplo, concordando con su interlocutor o interlocutora, apoyando lo dicho, y haciendo sugerencias en vez de dar órdenes). (Maltz y broker [1982] resumen gran parte de esta investigación) Ong (1981: 51) arguye que «la adversatividad es universal, pero la adversatividad más conspicua o explícita es un elemento más importante en las vidas de los varones que en las de las mujeres».

En mi análisis de cintas de video de amigos y amigas conversando entre sí (Tannen, 1994), he comenzado a investigar cómo la adversatividad de los varones y la cooperación entre las mujeres se despliega, se complica y se contradice en el discurso conversacional. Al analizar las cintas de video de amigos conversando, por ejemplo, encontré un muchacho de sexto grado diciéndole a su mejor amigo:

Parece como si, si hay una pelea, tú y yo automáticamente nos metemos. Y todo el mundo parece que va en contra tuyo y todo eso. Es difícil ponerse de acuerdo sin que alguien te diga algo a ti.

En contraste, las niñas de la misma edad (y también de la mayoría de las otras edades cuya conversación examiné) pasaban gran parte del tiempo discutiendo los peligros de la ira y de la contienda. Al afirmar su amistad, una muchacha le dijo a su amiga, «tú y yo nunca casi nos metemos en peleas», y «lo que quiero decir es que si yo trato de hablarte, tú me dices «háblame a mí» y si tú tratas de hablar conmigo yo hablo contigo». Estos ejemplos de estilos generalizados³ de interacción se ilustran con la reflexión de que el poder y la solidaridad se evocan mutuamente. Como se ve en la declaración del muchacho de sexto

o «You have come every day, haven't you?» (Has venido todos los días, ¿no es cierto?).

³Nota de la traductora: Esteneologismo se está imponiendo para reproducir la palabra inglesa «gendered», participio del verbo «to

grado, el hecho de oponerse a otros muchachos en bandos, implica afiliación dentro del bando. La instancia más dramática de la afiliación entre varones como resultado del conflicto con otros, son los vínculos que se establecen entre soldados, un fenómeno que ha sido explorado por Norman (1990).

De un modo similar, los esfuerzos de las niñas por apoyar a sus amigas necesariamente implican exclusión de otras niñas u oposición a ellas. Esta conclusión resulta en el estudio de Hughes (1988) de niñas jugando un juego callejero conocido como cuatro cuadros, en el cual cuatro jugadoras ocupan cada una un cuadro y hacen rebotar una pelota en los cuadros de las otras. El objetivo del juego es eliminar a las jugadoras al rebotar la pelota en su cuadro de tal modo que ellas no puedan devolverla. Pero este esfuerzo de «sacar a la gente» está reñido con el mandato social bajo el cual funcionan las niñas, el de ser «amables» y no «malas». Hughes encontró que las niñas resolvían el conflicto formando «bandos incipientes» compuestos por amigas, diciendo que su motivación al eliminar algunas jugadoras era capacitar a otras «sus amigas» para que entraran al juego, ya que las jugadoras eliminadas por las que estaban esperando. En los términos de las niñas mismas, «sacar a alguien» era ser «mala – amable», porque se enmarcaba como «meter a alguien» (una amiga). Esta dinámica se ve apoyada por mi análisis de las conversaciones de las niñas de sexto grado: gran parte de su conversación se dedicaba a su alianza entre sí, en oposición a otra muchacha que no estaba presente. De modo que su cooperación (solidaridad) también implica oposición (poder).

Para los muchachos, el poder implica solidaridad no solamente mediante la oposición al otro bando, sino también mediante la oposición entre sí. En las cintas de conversaciones entre amigos, encontré que todas las conversaciones entre los muchachos (y ninguna entre las muchachas) tenían numerosos ejemplos «de molestar»⁴ y de lanzarse ataques jocosos.⁵ Al examinar conversaciones entre pre

escolares transcritas y analizadas por Corzaro y Rizzo (1990: 34), me asombró el descubrir que una pelea podía ser el inicio de una amistad, en vez de impedirlo. En el episodio que presento a continuación, un niño pequeño se dirige como un intruso a otros dos, y se produce una pelea muy airada. Veamos cómo Corzaro y Rizzo presentan el diálogo:

Dos niños (Richard y Denny) han estado jugando con un slinky⁶ en la escalera que va a la sala de juegos del piso superior de la escuela. Durante este juego otros dos niños (Joseph y Martín) entran y se quedan de pie cerca del fondo de la escalera.

Denny: ¡Váyanse!

(Martín sale corriendo y se va, pero Joseph se queda, y eventualmente sube hasta la mitad de las gradas).

Joseph: Esos son unos zapatotes.

Richard: Le voy a dar un puño en el ojo.

Joseph: Yo te voy a dar un puño en la nariz.

Denny: Le daré un puñetazo con este puño.

Joseph: Pues yo – yo – yo – yo

Richard: y el va a caer pun, pun, pun, pun, y se va a golpear hasta que llegue debajo de las gradas.

Joseph: Yo – yo – yo te sacare los ojos con mi revólver. Yo tengo un revólver.

Denny: ¿Un revólver?

Joseph: Pues yo – yo – yo – aunque-

Richard: y yo también tengo un revólver.

Denny: y yo tengo un revólver también y es más grande que el tuyo y se llena de popo. Eso hace popo.

(Los tres niños se ríen cuando Denny se refiere al popo).

Richard: Ahora vete.

Joseph: Aja. Yo te voy a decir que te pongas – que te pongas el revólver en el pelo y el popo te va a caer hasta la cara.

Denny: Pues

gender» o generizar, es decir la acción mediante la cual el género ejerce una influencia en algo o en alguien.

⁴ Nota de la traductora: Uso este término para traducir el término inglés «teasing», que implica lanzar ataques verbales jocosos y generalmente amistosos (aunque molestar en este sentido sólo se usa en Colombia).

⁵ Algunos ejemplos se presentan en Tannen (1990). Mientras los muchachos se hacían el uno al otro gestos como el de dispararse entre sí con armas invisibles, las muchachas empleaban gestos como el de estirar la mano para ajustar la diadema de una amiga.

⁶Nota de la traductora: Juguete que consiste en un resorte circular y largo que puede colocarse en un peldaño de una escalera de tal

Richard: El slinky se partirá y te dará en la cara también.

Denny: y mi revólver te va a pegar en la cara también –

Hasta este punto yo no tenía dificultad para interpretar la interacción: los niños estaban involucrados en una pelea causada por la intrusión de Joseph en el juego de Richard y Denny. Pero lo que sucedió inmediatamente después me sorprendió y al principio me dejó perpleja. Corzaro y Rizzo lo describen de esta forma:

En este punto, una niña (Debbie) entra, dice que ella es batichica, y pregunta si ellos han visto a Robbin. Joseph dice que él es Robbin, pero ella dice que ella está buscando a otro Robbin y sale corriendo. Después de que Debbie se va, Denny y Richard sube a la sala de juegos y Joseph los sigue. A partir de este momento hasta el final del episodio los tres niños juegan juntos.

Al principio no podía creer que tan pronto después de su encuentro aparentemente hostil, los niños jugaran amigablemente juntos. Finalmente llegué a la conclusión de que para Joseph buscar pelea era un modo de establecer una interacción con los otros niños, y al enzarzarse en una pelea con él Richard y Denny lo estaban aceptando, dejándolo entrar en su interacción; al menos después de que él salió bien librado de la prueba.

En este sentido, me di cuenta de que la referencia al popo, que ocasionó risa generalizada, fue el comienzo de cambiar el marco de la interacción de pelea a juego.⁷

El folclor suministra muchas historias en las cuales las peleas producen amistad entre los hombres. Uno de estos casos fue atribuido por Bly (1990: 243 – 4) al relato de Joseph Campbell de la *Epica sumeria, Gilgamesh*.

En la versión de Bly Gilgamesh, un joven rey, quiere entablar amistad con un hombre salvaje llamado Enkidu cuando en Enkidu oye hablar de Gilgamesh «su corazón se llena de gozo. Ansiaba tener un amigo. «¡Muy bien!», dijo. «y yo lo retaré». Bly resume a continuación: «Enkidu entonces viaja a

la ciudad y se encuentra con Gilgamesh; los dos luchan, gana Enkidu, y los dos se hacen amigos inseparables».

Un equivalente de la época moderna en el medio académico, puede encontrarse en la situación de colaboraciones fructíferas entre profesores que comienzan cuando un miembro del público lanza un reto al conferencista, contradiciendo lo dicho en la charla. Finalmente, Penélope Eckert (comunicación personal) me informa que en su investigación sobre estudiantes de secundaria (Eckert, 1990) varios muchachos le contaron que sus amistades más íntimas comenzaron con una pelea, pero ningún caso similar fue encontrado entre las niñas.

Estos ejemplos permiten cuestionar la correlación entre agresión y poder por una parte, y cooperación y solidaridad por la otra. De nuevo la perspectiva transcultural suministra una corrección invaluable a la tentación de alinear la agresión con el poder como algo distinto de la solidaridad. Muchas culturas del mundo ven las discusiones como una señal agradable de intimidad. Schiffrin (1984) demuestra que entre hombres y mujeres de clase media – baja de extracción judía de Europa Oriental, las discusiones amistosas eran un modo de ser sociable. Frank (1988) muestra una pareja judía cuya conversación tiende a polarizarse, con los dos participantes adoptando posiciones argumentativas, pero no están peleando; están escenificando una especie de «sparring» público, donde ambos luchadores están en el mismo equipo. Byrnes (1986) afirma que para los alemanes los estudiantes estadounidenses están mal informados y no se comprometen, porque se ven renuentes a discutir sobre política con personas que acaban de conocer. Por su parte, los estudiantes estadounidenses encuentran que los estudiantes alemanes son belicosos porque provocan discusiones sobre la política externa de los Estados Unidos con estadounidenses que acaban de conocer.

La conversación entre griegos nos da un ejemplo de un estilo cultural que le da un mayor valor positivo, para mujeres tanto como hombres, en la oposición dinámica. Kakaba (1989) reproduce los hallazgos de

modo que uno de los extremos quede colgando, y todo el resorte caiga hacia el peldaño de abajo y luego continúe bajando la escalera.

⁷ En otro artículo (Tannen, 1990: 163 - 5) discuto este ejemplo con mayor detalle y observo el contraste entre los niños que

Schiffrin mostrando cómo una familia griega disfruta llevarse la contraria en la conversación durante la cena.

En otro estudio de la conversación griega moderna, Tannen y Kakaba (1992) descubren que los hablantes de manera rutinaria expresan desacuerdo cuando en realidad están de acuerdo, y usan nombres en diminutivo y otros términos de cariño (para dar señal de cercanía) precisamente cuando se oponen el uno al otro.⁸ Estos patrones pueden observarse en el siguiente fragmento de una conversación que ocurrió en Grecia entre una mujer griega de mayor edad y yo misma. La mujer a la cual llamaré Stella acaba de decirme que se quejó a la policía sobre una cuadrilla de constructores que continuaron taladrando y martillando durante la hora de la siesta, en contra de la ley, e impidiéndole dormir:

Deborah: Tienes razón

Stella: Claro que tengo razón. Mi niña querida, yo no se si tengo razón o no tengo razón pero voy a proteger mis intereses y mis derechos.

Mi respuesta a la queja de Stella es apoyarla al estar de acuerdo con ella. Pero ella está en desacuerdo con mi acuerdo, al reinterpretar mi afirmación en sus propios términos en vez de simplemente aceptarla y detenerse después de «claro que tengo razón». Ella también marca su divergencia de lo que yo dije con el término cariñoso «Kopella mou», (literalmente niña mía pero desde un punto de vista idiomático mejor traducido como «mi niña querida»).

La conversación siguiente también es tomada de Tannen y Kakaba (1992). De acuerdo con Kakaba, es típica de las discusiones amigables de su familia. La hermana más joven ha dicho que no puede entender por qué la joven atractiva que es la amante del primer ministro griego Papandreou, querría tener un romance con semejante viejo. La hermana mayor, Cristina, arguye que la mujer puede haber sentido que al tener un romance con el primer ministro estaba haciendo algo notable. Su hermano replicó, «es un

precio muy alto que pagar, cristo, de todos modos». La expresión griega fue «rechristinaki». Uso el diminutivo «cristi» para reflejar el diminutivo griego «aki», pero la partícula «re» realmente no puede ser traducida; simplemente es un marcador de intimidad y cercanía que se usa de manera típica cuando hay un desacuerdo, como sucede en la expresión que se escucha constantemente «ochi, re» («no, re»).

Conclusión

La intersección de lenguaje y género nos da un lugar muy rico para analizar cómo el poder y la solidaridad se crean en el discurso. Pero la investigación previa en esta área nos da evidencia del peligro de vincular las formas lingüísticas con las intenciones interactivas tales como la dominación. Al tratar de entender cómo los hablantes usan el lenguaje, debemos considerar el contexto (en todos los sentidos, incluyendo por lo menos las limitaciones textuales, relacionales e institucionales), los estilos conversacionales de los hablantes, y aún más crucial, la interacción de los estilos entre sí.

Los intentos de comprender los que sucede entre hombres y mujeres en la conversación, a menudo se enturbian debido a la ambigüedad y la polisemia del poder y la solidaridad. Ambos pueden lograrse empleando los mismos medios lingüísticos, y cada enunciado combina elementos de ambos. Los eruditos, sin embargo, como los individuos en las interacciones, probablemente sólo verán el uno y no el otro, como el dibujo que no puede verse tal como es – simultáneamente un cáliz y dos caras frente a frente – pero sólo puede verse alternativamente como lo uno o lo otro. Al intentar la tarea imposible de mantener ambas imágenes enfocadas a la vez, podemos al menos tener éxito al cambiar de la una a la otra de manera rápida y regular a fin de profundizar nuestra comprensión de la dinámica que subyace a las interacciones tanto de poder y solidaridad como de género y uso del lenguaje.

pelean cuando quieren jugar, y la niña que evita el desacuerdo aún cuando de hecho ella no está de acuerdo.

⁸ Sifianou (1992) observa de manera independiente el uso de diminutivos como marcadores de solidaridad en la conversación entre griegos.

Bibliografía

- BECKER, A.L. (1982) «Beyond translation». In: Byrnes, H. (ed.) *Contemporary Perceptions of Language Interdisciplinary Dimensions*, Washington DC: Georgetown University Press.
- BECKER, A.L. and Oka, G.N. (1974) «Person in Kawi». In: *Oceanic Linguistics*.
- BEEMAN, W.O. (1986) *Language, Status and Power in Iran*, Bloomington: Indiana University Press.
- BELLINGER, D. and Gleason, J.B. (1982) «Sex differences in parental directives to young children». In: *Sex Roles* 8.
- BLY, Robert. (1990) *Iron John: A Book About Men*, Reading, MA: Addison – Wesley.
- BROWN, R. and Gilman, A. (1960) «The pronouns of power and solidarity». In: Sebeok, T. (ed.) *Style in Language*, Cambridge, MA: MIT Press.
- COATES, J. (1986) *Women, Men and Language*. London: Longman.
- CONLEY, J.M., O´Barr, W.M. and Lind, E.A. (1979) «The power of language: presentational style in the courtroom». In: *Duke Law Journal*.
- FRIEDRICH, P. (1972) «Social context and semantic feature: the Russian pronominal usage». In: Gumperz, J. and Hymes, D. (eds.) *Directions in Sociolinguistics*, Oxford: Blackwell.
- JAMES, D. and Clarke, S. (1993) «Women, men and interruptions: a critical review». In: Tannen (Ed.).
- KEENAN, E.O. (1974) «Norm makers, norm breakers: uses of speech by men and women in a Malagasy community». In: Bauman, R. and Sherzer, J. (eds.) *Explorations in the Ethnography of Speaking*, Cambridge: Cambridge University Press.
- KOMAROVSKY, M. (1962) *Blue Collar Marriage*. New York: Vintage.
- LAKOFF, J. (1975) *Language and Woman’s Place*. New York: Harper and Row.
- PAULE, G.F. (1991) *Dishing It Out: Power and Resistance Among Waitresses*. In: *A New Jersey Restaurant*. Philadelphia: Temple University Press.
- SATTEL, J. (1983) «Men, inexpressiveness and power». In: Thorne, Kramarae and Henley (Eds.).
- SPENDER, D. (1980) *Man Made Language*. London: Routledge and Kegan Paul.
- TANNEN, D. (1984) *Conversational Style: Analyzing Talk among Friends*. Norwood, NJ: Ablex.
- TANNEN, D. (1986) *That’s Not What I Meant! How Conversational Style Makes or Breaks Your Relations with Others*. New York: Morrow.
- TANNEN, D. (1990) *You Just Don’t Understand: Men and Women in Conversation*, New York: Morrow.
- TANNEN, D. (1981) «Indirectness in discourse: ethnicity as conversational style». In: *Discourse Processes*.
- TANNEN, D. (1994) *Gender and Discourse*. Oxford: Oxford University Press.
- WATANABE, S. (1993) «Cultural differences in framing: American and Japanese group discussions». In: Tannen, D. (ed.) *Framing in Discourse*. New York and Oxford: Oxford University Press.
- WEST, C. and Zimmerman, D. (1983) «Small insults: a study of interruptions in cross – sex conversations between unacquainted persons». In: Thorne, Henley and Kramarae (eds.).
- WOLFWITZ, C. (1991) *Language Style and Social Space: Stylistic Choice in Suriname Javanese*. Chicago: University Illinois Press.
- YAMADA, H. (1992) *Americana and Japanese Business Discourse: A Comparison of Interactional Styles*. Norwood, NJ: Ablex.